



Madrid 16 de Junio de 1864.

SUMARIO. ARTICULOS.—Deberes sociales al alcance de los niños, por don Cayetano Vidal y de Valenciano.—Al Iris [Himno], por don Antonio Arnao.—Los Niños viajeros, por don José M. de Larrea.—El Genio, por doña Robustiana Armijo de Cuesta.—Collar de Oro, por don H. Hernandez.—Historia natural: El Pavo real, por don Benigno Doncel.—Juegos de Niños, por don Emilio de Tamarit.

GRABADOS. Cabecera.—Vista de Málaga.—Gutenberg.—El pavo real.

DEBERES SOCIALES AL ALCANCE DE LOS NIÑOS.

I.

Amor filial.—Obligaciones de los hijos para con sus padres.

Al abrir los ojos á la luz, hállese el hombre constituido en medio de una sociedad, origen de cuantas han existido y existen, hácia la cual si bien por el pronto no tiene deberes que cumplir, antes al contrario, los exige de sus asociados, empieza á tener obligaciones que llenar, no bien su razon sabe distinguir entre el bien y el mal.

Tomo II.

Débil el hombre por su naturaleza, y mas infeliz en su infancia que el mas miserable de los seres, veríase espuesto de continuo á los peligros que le rodean, ó sucumbiría víctima de su propia naturaleza, cuyas necesidades se veria imposibilitado para satisfacer. El hambre, la inclemencia de las estaciones, la miseria y laceria, se cebarian en su desvalido sér, y pronto, muy pronto se extinguiría su existencia sin haber llenado siquiera uno solo de los fines para que fué creado. Pero al lado de aquellos que por la gracia de Dios le dieron vida; velada su existencia sin cesar con la mas esquisita solicitud, crece, se desarrolla, adquiere vigor y fuerza, y llega á desempeñar en la Creacion el papel que el Señor le ha con-

Núm. 25.

fiado, como miembro de la humana sociedad.

¡Y qué de cuidados, qué de minuciosas atenciones no exige el hombre, desde que lanza su primer vagido hasta que se halla en estado de poder desempeñar con sus hijos las mismas obligaciones que su padre desempeñó con él! Mas ni aquí cesan las muestras de cariño que obtiene de aquellos que le dieron vida: desde la cuna, hasta que la muerte cierra sus ojos, hasta mas allá de la tumba aun, da el padre continuo testimonio al hijo de su corazon, del amor que le profesa, de este amor puro, hermoso, incomparable, que no exige mas que la merecida correspondencia, y que por todo pago espera ver recompensados en los dias de la vejez los beneficios que se prestaron al desvalido infante.

Sí, hijo mio, el mas grande de los amores es el amor de los padres; el deber mas importante en la vida social, es pues el que tenemos de prestar como hijos, respeto y veneracion á los que nos dieron el sér. Dios mismo lo ha dicho: «Ama á tu padre y á tu madre, y gozarás largo tiempo en la tierra prometida.» Porque Dios te lo prescribe, porque te lo dictan tu naturaleza y tu conciencia, por sentimiento y por gratitud, debes amar, y respetar, y obedecer á tus padres, y sufrir además con paciencia y resignacion los achaques, las flaquezas, las chochees que constituyen el triste patrimonio de la vejez.

Si no amas á tus padres; si miras con indiferencia á aquellos que despues de haberte concedido la existencia han velado durante tu infancia con la mas tierna solicitud para disminuir las incomodidades anejas á tan precaria edad, ¿á quién considerarás digno de tu amor? Reflexiona que á ellos se lo debes todo, que despues de haberte salvado de los peligros que rodean al hombre durante los primeros meses de su existencia en el mundo, te han enseñado á hablar y á valerte de tus miembros, te han mostrado los escollos y los malos pasos para que los evitaras, y te han guiado constantemente por la senda del bien, convencidos de que es la única que puede conducirte á la verdadera felicidad. Que mas tarde, á la par que imbuian

en tu entendimiento los primeros rudimentos del saber, y sembraban en tu corazon las mas preciosas semillas de la virtud, te proporcionaban todos aquellos placeres compatibles con tu estado, y sufrían con resignacion y calma los disgustos que tu inesperienza les ocasionaba. Que solícitos siempre para perdonar, así como olvidan las ofensas que irroga la desobediencia filial, consuelan presurosos y hasta llenos de angustia los dolores y aflicciones que por do quiera que ande halla el hombre á su paso. Ya ves, pues, si es justo el amor que el hijo debe á sus padres; ya ves si lo tienen merecido por medio del oficioso cuidado que han puesto en todo cuanto contigo ha tenido y tiene relacion. Y sobre todo, si el hombre debe amar al prójimo, considerados simplemente los padres como individuos de la sociedad humana, ¿quién tiene mas derecho que ellos á ser amado?

Ni basta tampoco el amor: es necesario que el hijo los respete y los honre: primero, porque siendo mayores y reuniendo naturalmente á la autoridad de padre la que comunican los años, es justo que se les conceda esta prueba de deferencia, y en segundo lugar, porque no solamente ha recibido de ellos las primeras lecciones que deben guiarle para todo el resto de la vida, si que tambien porque á su bondad y prevision son debidos al mayor ó menor número de bienes terrenales que con su industria, con sus precauciones y su economía le han proporcionado: bienes que quizá un dia serán bastantes para salvarle en medio de la necesidad. Pero aun cuando nada hubiese el hijo recibido de sus padres, ora porque no lo hubiesen allegado, ora porque aun teniéndolo lo hubiesen perdido, no por esto ha de ser menos vivo el respeto y veneracion que les profese. La obligacion de los padres consiste en educar á sus hijos, guiándolos por la senda del deber y de la virtud, por consiguiente todo lo demas que de ellos recibimos, es un don extraordinario que debemos agradecer, con mas intensidad si cabe, que el beneficio de habernos dado la vida y la educacion. Por esto, aun cuando el hijo llegue á reunir mas conocimientos que su padre, nunca debe erigirse en censor de sus acciones

ó de su ciencia, pues esto, además de indicar vanidad y orgullo, manifiesta mal corazón: al contrario, cuanto más sepa el hijo, más debe agradecer á su padre los conocimientos que le ha proporcionado, piensa siempre que quizás disminuía sus comodidades para procurarte libros y maestros que cultivaran tu razón.

Otra de las obligaciones que el deber impone al hijo para con su padre, es la obediencia. Nacido el hombre para recibir órdenes de los que á él son superiores, así como para transmitir las á aquellas personas que le están subordinadas, á ninguna es más fácil y hay más obligación de obedecer que á los padres. Y no es extraño; por lo mismo que aman con delirio á sus hijos, comprenden cuánto de ellos puede prometerse; así es que ni son exigentes en sus mandatos, ni castigan con rigor cuando se les ha desobedecido, si no ha precedido la idea de ofenderlos. No hay juez más clemente y bondadoso que el padre: tú mismo conoces por experiencia que cuando te han faltado razones que excusaran tus faltas, ellos han buscado disculpa para hacerte confesar tu involuntaria desobediencia.

Por último, estás obligado á sufrir con paciencia y á sobrellevar con resignación las impertinencias y chocheos, hijas de los achaques y la edad. Si tú no sabes disimular á tus padres los antojos y mal humor que ocasiona la vejez, ¿quién, quién los consolará y prestará alivio cuando la vida les ofrezca por único descanso una fría tumba? No solamente te obliga á ello la consideración de que velaron á tu lado y sufrieron con santa resignación tanto las incomodidades que les ocasionaste en tu niñez, como los disgustos que les proporcionaste durante tu mocedad; sino que has de reflexionar que un día serás padre como ellos, que como ellos padecerás achaques y dolencias, y como ellos también necesitarás quien te consuele, quien te alivie, y quien haga menos tristes los últimos años de tu vida. ¿Y cómo podrás esperar que hagan tus hijos contigo lo que no hayas hecho tú para con tus padres? No olvides lo que voy á decirte: este mundo es una cadena, en la cual cada generación que pasa representa un

eslabón que se deshace; todos tenemos progresivamente los mismos derechos y deberes, y muchas veces recibimos ya en la tierra el premio ó el castigo á que nuestras acciones nos han hecho acreedores.

A los padres, imagen de Dios sobre la tierra, debemos pues cariño, respeto, obediencia y veneración. Ellos, además del ser, nos han proporcionado la educación, la virtud, la ciencia, el conocimiento de nuestros deberes, las máximas que han de guiarnos en esta vida, los bienes temporales que con todo lo demás proporciona la felicidad de que puede gozarse en la tierra, en una palabra, cuanto somos y cuanto valemos; pero aun cuando nada más que la existencia nos hubiesen proporcionado, bastaría para que debiésemos amarles sobre todo lo creado, pues sin ellos no habríamos alcanzado el conocimiento de Dios en esta vida, y la felicidad eterna después de la muerte.

CAYETANO VIDAL Y DE VALENCIANO.

AL ÍRIS.

(HIMNO.)

Sobre el tenaz nublado
Que mancha el firmamento,
En frente del sol nitido
Que vierte clara luz;
Te miro dibujado,
Oh singular portento,
Cual inefable símbolo
De calma y de salud.

Heraldo sin segundo,
Tú fuiste el escogido
Por el Eterno Artífice
Rey de la creación,
Para anunciar al mundo,
Postrado y sumergido,
De Dios y el hombre mísero
La salvadora unión.

Bella, cual luz de Mayo,
Tu aparición se ostenta
Al conturbado espíritu
Del infeliz mortal,
Cuando se apaga el rayo,
Cuando huye la tormenta,
Cuando restaura espléndido
El éter su cristal.

Siempre que en luz suave
 Los cielos tornasolas,
 Consuelas al que náufrago
 Morir imaginó,
 Cuando sobre su nave,
 Ludibrio de las olas,
 Con iracundos ímpetus
 La tempestad rugió.

¡ Bien vengas ostentando
 Tus fúlgidos matices,
 Oh precursor benéfico
 De célica piedad!
 ¡ Así consueles blandito
 Las almas infelices
 Que en noche gimen víctimas
 De ruda tempestad!

Oh! brilla eternamente
 Sobre el oscuro suelo,
 Y sé para los débiles
 Por el que honró la Cruz,
 Arco de etéreo puente
 Lanzado por el cielo,
 Que liga el mundo lóbrego
 Al mundo de la luz.

ANTONIO ARNAO.

LOS NIÑOS VIAJEROS.

MÁLAGA.

Llevaban ya muchos días en Cádiz nuestros viajeros, y por otra parte la presencia de don Claudio era necesaria en Málaga, donde debía tomar posesion de una herencia, que acababa de serle adjudicada judicialmente, despues de un largo pleito. Tomaron, por lo tanto, pasaje en un vapor que salia para Alicante, tocando en Málaga, y despues de una feliz travesía llegaron á este puerto.

Habiéndose ya embarcado varias veces, Enrique soportó como un marino las molestias de la navegacion; pero Carlota, y aun el mismo D. Claudio, que solo se habian embarcado en las lanchas del Guadalquivir, se vieron acometidos del mareo. Fué preciso buscar inmediatamente una fonda y trasladarlos á ella, en el primer carruaje que se encontró.

Ocupados enteramente en cuidar á los dos

mareados, apenas pudieron Enrique y su padre reparar en el puerto, que forma una dársena, con dos muelles llamados *el Nuevo* y *el Viejo*, y se veia lleno de toda especie de buques, ni en la excelente situacion de la ciudad, colocada en un llano, á la falda del monte de Gibralfaro.

Por aquel día no pudieron ver nada; pero al siguiente salieron todos juntos á recorrer las calles de la ciudad.

—Son estas calles muy estrechas, dijo Enrique.

Málaga es tambien una ciudad morisca, replicó D. Manuel, y por eso las calles son tortuosas, como las dejaron los árabes; pero sin embargo, hay algunas anchas y despejadas, y ahora veremos qué hermosas son la *Acera de la Marina*, la *Banda del Mar* y la *Cortina del Muelle*.

—Tampoco hemos visto todavía ninguna plaza que ofrezca nada de particular, observó D. Claudio.

—Porque no hemos pasado aun por la *plaza Mayor*, por la de la *Puerta del Mar*, ni por la *plaza de la Merced*, que son las mejores.

—¿Cómo se llama esta en que ahora entramos? preguntó Carlota.

—La *plaza del Obispo*; y me alegro de que hayamos salido á ella, porque tenemos aquí el *palacio episcopal* y la *catedral*. El palacio del Obispo es, como veis, un edificio de elegantes proporciones, y en cuya construccion hay empleados excelentes mármoles. La catedral, que se halla á este otro lado, puede llamarse moderna, y data de la época del renacimiento.

Pusiéronse todos entonces á examinar la fachada, que consta de dos cuerpos, con ocho columnas de mármol de mezcla en cada uno y algunos otros adornos, que no les parecieron del mejor gusto; pero sí les agradó sobremedera la magnífica escalinata de mármol que coloca la catedral á veinte piés sobre el piso de la plaza. En cada una de las entradas de los costados vieron dos torres redondas, de sesenta y tres varas de altura, con follajes y otros adornos.

Entraron luego en el templo, formado por

tres naves espaciosas, divididas por ocho pilares, compuestos de columnas agrupadas de orden corintio. Otros ocho pilares iguales vieron alrededor de la capilla mayor, y veinte mas en las puertas de las demás capillas. Don Manuel les hizo notar que los adornos de las bóvedas de la iglesia son demasiado pesados. En el coro, no se cansaban de admirar los niños las primorosas esculturas de la sillería, algunas de las cuales son obra del famoso Pedro

reció de moderna construcción, aunque no demasiado cómodo.

Pecaríamos de difusos si hubiéramos de seguirlos paso á paso en todas sus correrías por Málaga. Baste decir que vieron la *casa de Ayuntamiento*, de fachada graciosa, aunque sencilla, con dos torres cuadradas en los extremos, á la misma altura del cuerpo principal; la *Aduana nueva*, excelente edificio construido en tiempo de Carlos III; el *Consulado*, con una



Málaga.

de Mena. En la capilla del Rosario vieron un excelente cuadro de Alonso Cano, y en el altar de la Concepción otro de Mateo Cerezo, observando además algunas buenas esculturas y monumentos sepulcrales.

De las demás iglesias que vieron solo les pareció notable la parroquia de los Mártires, con un templo rico, aunque muy recargado.

Por aquel día no vieron mas, porque había corrida de toros y D. Claudio no quería perderla. D. Manuel, aunque no era aficionado á esta clase de diversiones, accedió á acompañarle, porque viese Enrique la plaza, que es sólida y de agradable aspecto.

Por la noche fueron al teatro, que les pa-

portada compuesta de una columnata de mármol negro que sostiene un cornisamento de mármol blanco; la *Atarazana*, ó antiguo arsenal de los moros, y la *Alcazaba*, antiquísima fortaleza de los moros casi derruida.

Fuera de la ciudad vieron además el castillo de Gibralfaro, situado sobre el monte del mismo nombre, con una torre, tres recintos y cuatro baterías.

No dejaron de frecuentar los hermosos paseos de la *Alameda*, donde hay dos fuentes de mérito, el *campo de Reding*, y otros, y con el apacible clima de Málaga y la animación que el comercio presta á aquella ciudad, se hallaban muy contentos en ella nuestros viajeros.

Entre las haciendas que D. Claudio heredaba había algunos cortijos situados en diferentes puntos de la provincia; y para visitarlos se dirigieron todos primero á *Velez Málaga*, ciudad que produce excelentes viñas y azúcar; á *Ronda*, sobre el Guadiaro, con un soberbio puente; á *Archidona*, en la Vega del Génil, y últimamente, á *Antequera*, donde vieron un castillo antiguo y un circo del tiempo de los romanos.

JOSÉ M. DE LARREA.

EL GÉNIO.

El talento, hijos míos, no es patrimonio de ninguna clase, y lejos de caminar á la par de la riqueza, su celeste aureola ilumina con frecuencia frentes azotadas por el sople de la desdicha, ó cabezas encanecidas en la lucha de la inteligencia contra el idiotismo.

Génios hay que tienen *ab initio* conciencia de lo que son y de lo que valen, y luchan sin descanso hasta ocupar el lugar que les corresponde en la sociedad, que los rechaza sin comprenderlos.

Otros por el contrario, almas buenas, sencillas é ignorantes de su propio mérito, pasan desapercibidos, hasta que los buzos de la inteligencia hallan la perla escondida en su grosera concha y la sacan á luz, haciéndola con frecuencia pasar desde el solitario fondo de los mares, á la deslumbrante diadema de los reyes.

Voy, pues, á presentaros un ejemplo de esos génios ocultos entre las nieblas del olvido, y que deben su esplendor á una circunstancia de las mas triviales de la vida.

Hace muy pocos años que los madrugadores encontraban todas las mañanas por la carrera de San Gerónimo un pobre y despilfarrado granuja, como de doce á trece años, que llevando en su mano derecha una hornilla-cafetera, y en la otra una cestilla de mimbres llena de vasos de vidrio verdoso, y no muy limpios, gritaba con toda la fuerza de sus pulmones:

—Café... café...

Y cada vez que un soldado, un aguador ó algun muchachuelo de los que se paran desde el amanecer en las esquinas de las Cuatro Calles (1), le detenía en su camino y le alargaba cuatro maravedises en cambio de una taza de aquella refrigerante mercancía, el rostro del granuja brillaba con una vivísima expresión de contento, y sus encendidos labios se entreabrían con una sonrisa de felicidad que no se avenía muy bien con sus piés descalzos y callosos, ni con los miserables harapos que dejaban casi desnuda su morena espalda, caldeada ya por el sol, y curtida por la intemperie.

El vendedor de café vendía y gritaba á mas y mejor, hasta que los comerciantes de la Carrera abrían sus comercios; pero desde aquella hora, todas sus facultades se reconcentraban en uno de los escaparates de un magnífico almacén, que parecía tener el poder de magnetizarle, hasta el punto de olvidarse casi por completo de lo que constituía en este mundo su humilde modo de ser.

Los diamantes, las pedrerías, las deslumbradoras maravillas de la bisutería, todo pasaba desapercibido á sus ojos, que permanecían fijos hora tras hora en los cristales de aquel escaparate que ostentaba figuras de mármol ó de bronce, brillando entonces en sus pupilas un rayo incandescente, puro, celeste, como los que iluminan las flamígeras alas de los querubines que circundan el trono de Dios.

Y todas las mañanas el vendedor de café venía infaliblemente á fijarse ante las esculturas, devorando con sus miradas una hermosísima estatua de Gutemberg, cuya vista parecía sumirle en una especie de dulce catalepsia.

A las mismas horas que nuestro héroe paseaba la carrera de San Gerónimo, cruzábala también diariamente un caballero como de cuarenta años, que había contraído la costumbre de recorrer diez ó doce veces en su paseo matinal el espacio que media entre la Puerta del Sol y el Salón del Prado.

[1] Dáse este nombre en Madrid á la confluencia de las calles del Príncipe, La Cruz, Sevilla y Carrera de San Gerónimo.

Aquel hombre, cuyas facciones espresaban un carácter dulce y caritativo, reparó un día y otro en la atención con que el vendedor ambulante contemplaba las esculturas, y punzado por una curiosidad irresistible, se decidió á inquirir la causa de aquella especie de cita.

—Amigo mío, le dijo familiarmente, apoyándole una mano sobre la espalda, mucho deben agradarte esas esculturas... ¿vas á comprar alguna?

—No.... señor... no puedo comprarlas, pero las admiro.

—Y de todas esas figuras ¿cuál es la que mas te agrada?

—Esa pequeña, respondió el niño sin vacilar, señalando la del inventor de la imprenta.

—¡Hola! exclamó sorprendido el curioso, no me parece que tienes muy mal gusto, porque es precisamente de puro mármol... ¿lo sabías ya?

—Yo? no señor... ¡pero son tan suaves esos pliegues! y esa boca que parece que quiere hablarme! ¡Lástima que los brazos sean un poco largos!

El desconocido fijó entonces en el muchacho una mirada profunda, como si quisiese con ella penetrar al través de aquellos harapos que ocultaban á sus ojos un tesoro.

Acababa de comprender que tenia delante un artista.

—Amigo mío, le dijo, alargándole una tarjeta, si quieres ganar dinero vente mañana á mi casa y te daré que hacer para seis meses.... No olvides que te aguardo á las ocho.

Al día siguiente, mucho antes de la hora prefijada, dirigióse el jóven revendedor á la casa que indicaba la tarjeta, casa espléndida, y

situada en uno de los puntos mas céntricos de la corte.

Después de haber confrontado mas de veinte veces la tarjeta con el número de la casa, aventuróse á tirar del cordón de la campanilla, recibiendo un criado con la mayor urbanidad, y llevándole, á través de un vestíbulo guarnecido de macetas de naranjos enanos, de escaleras de mármol y de suaves alfombras, hasta la habitación donde le esperaba su generoso protector.

El gabinete estaba rodeado de magníficas estatuas de los mejores maestros, y su dueño, que no era otro que el que habia dado la cita al granujilla, se hallaba tranquilamente reclinado en una cómoda butaca de terciopelo azul, mirando á cada minuto al péndulo de bronce que tenia en frente.

—Bien, muy bien! exclamó, señalando al aturdido granuja una magnífica butaca; siéntate, hijo mío, y escúchame con atención, porque de lo que voy á decirte depende tu fortuna.

El muchacho se sentó á medias en la butaca por miedo de mancharla, y abrió desmesuradamente los ojos como para oír mejor.

—Soy escultor, añadió el caballero sin separar la vista del pobre mercader ambulante: el mundo ha colocado sobre mis sienes una corona de oro, y me ha dado lo que niega casi siempre á tantos otros: la fortuna.

Ahora que mi vida será ya muy corta, quiero legar á uno de esos génios privilegiados que llegan de vez en cuando á nuestro globo, los conocimientos adquiridos con el estudio y la vigilia.

He seguido tus pasos, he gozado viendo tu entusiasmo artístico, y estoy seguro de hacer de tí un grande hombre. ¿Quiéres ser escultor,



hijo mio? ¿quieres hacer figuritas como esa que tiene los brazos largos?

—Oh! si señor! pero ¿quién se tomará el trabajo de enseñar á un muchacho tan pobre?

—¿Y si hubiese alguno que se ofreciese á enseñarte, aceptarías?

—Yo lo creo! escultor! escultor! ¿qué rey de la tierra podria entonces igualarse conmigo? pero.... añadió ruborizándose y bajando los ojos, mi oficio de vendedor ambulante despues de dos años me da ya bien ó mal para vivir, y mi pobre madre no podria sostenerme mientras aprendiese á tallar las figuritas.... no, no señor... no puedo dedicarme á esa profesion.... es preciso que siga vendiendo café!

Y dos lágrimas se deslizaron por sus mejillas... eran acaso las primeras que habia deramado en su vida.

—No, hijo mio, repitió enternecido el opulento artista; el arte te reclama, y bendigo al cielo que me ha puesto en posicion de sacarte de la oscuridad; yo me encargo de sostenerte á los dos mientras dure tu corto aprendizaje, porque te aplicarás mucho ¿no es verdad?

—Ah señor! exclamó el niño con un entusiasmo que no podia esperarse de sus pocos años, jamás hombre alguno ha trabajado en el mundo con la fé con que yo me consagro al arte divino que habeis llamado escultura.... yo trabajaré, yo seré grande! grande! y rico! porque trabajando con fé se llega á la riqueza.... Gracias! señor! gracias! yo arrancaré al mundo el oro para mi madre! la gloria para mí!

Cuatro años despues el vendedor ambulante que habia conquistado con su cincel un nombre esclarecido, se instalaba con su madre en una lindisima casa de la Carrera de San Gerónimo, la misma donde por primera vez habia contemplado con tanto afan la estatua de Gutemberg. Su traje era elegante sin afectacion, sus modales finos, y en su frente, curtida en otro tiempo por el sol, brillaba el esplendente rayo de la gloria, realzado por la celeste aureola de que Dios circunda siempre las de los buenos hijos.

En un cómodo sillon de brazos veíase có-

modamente recostada una pobre anciana, que veia llegar el ocaso de su vida con la sonrisa en los lábios y la alegría en el corazon.

El vendedor ambulante habia visto realizadas todas sus esperanzas, arrancando á la entusiasmada sociedad: «El oro para su madre, la gloria para él!»

ROBUSTIANA ARMIÑO.

COLLAR DE ORO.

CUENTO.

I.

El castillo de Evequemont, situado entre Triel y Meulan, es una residencia digna de una hada. Desde su terrado divísase, en primer término, un jardin, que atraviesa un arroyuelo murmurador y transparente, como diria un poeta; en segundo, una llanura cubierta de árboles frutales y doradas espigas, y en tercero y último, los bosques de Verneuil, espesos y sombríos, confundiéndose con el horizonte.

Al despuntar la aurora de una mañana de Julio, Mr. de Ambrie, su esposa y su hija, placaban de la manera siguiente á la puerta del castillo:

—Os abandonan las fuerzas, decia el señor de Ambrie á su esposa, y no lo extraño, porque á mí me sucede lo mismo, contra lo que esperaba.

—Esperas y desesperas como nosotras, contestóle Maria.

—Eduardo es la puntualidad personificada; pero juraria que camina el tiempo lenta, muy lentamente...

—Dentro de un cuarto de hora estará en nuestros brazos, dijo Maria mirando el reloj.

—Sí, dentro de un cuarto de hora, exclamó la señora de Ambrie, y mañana...

—Y mañana estará lejos, muy lejos de nosotros y para mucho tiempo, replicó Maria sollozando...

—Su carrera lo exige y por la que se ha decidido, no se la he impuesto yo...

—Partir para Africa cuando la guerra comienza de nuevo, y mas sangrienta y terrible que nunca.

—Eduardo es pundonoroso y busca el peligro... en él está su porvenir. No será menos dolorosa para él que para nosotras la hora de la separacion...

—¡Nos ama tanto!

—Procuremos no amargársela; enjuga tus lágrimas y rie, rie como yo... el cielo no querrá privarnos del apoyo y la alegría de nuestra vejez.

—Sí, mañana, todos los dias le encomendaremos á la clemencia de Dios.

—Y Dios te oirá, hermana mia, exclamó un jóven, lanzándose en brazos de la señora de Ambrie.

—¡Eres tú! exclamaron á la vez la madre, el padre y la hermana del presunto héroe de los arenales de Africa.

—Yo soy; para sorprenderos he dado la vuelta al castillo, y he entrado por la cabaillería.

—El almuerzo espera, dijo un criado presentándose.

—Santa palabra, exclamó Eduardo, llego á mesa puesta: dádme el brazo, madre y hermana mia.

Terminado el almuerzo, dijo Eduardo á su hermana:

—¿Y mis pájaros?

—Inmejorables, contestóle María, especialmente Collar de oro.

—Vamos á hacerles la visita de despedida.

Apenas habia abierto Eduardo la ventana del gabinete de María, una golondrina, cantando alegremente penetró en él, le recorrió familiarmente, y posándose en su nido y acariciando á sus hijuelos, parecia decirles: «No temais, son nuestros amigos; dádles la bienvenida.»

En efecto, la golondrina conocia á Eduardo y á su hermana, hasta el punto de dejarse coger y acariciar por ellos sin temor, antes con placer.

Mas para distinguirla que para adornarla, habíánla puesto los dos hermanos un collar de

oro, fabricado hábilmente por Froment-Manrice, en el que estaban grabados, en caracteres microscópicos sus nombres.

Por espacio de una hora siguieron Eduardo y María estáticos y conmovidos el vuelo de la golondrina, que ya se posaba en el hombro de uno, ya en el del otro. Eduardo puso término á aquella escena, cogiéndola y besándola repetidas veces.

Al dia siguiente Eduardo, caballero en un poderoso alazan, galopaba hácia Vaux, volviéndose de tiempo en tiempo para contestar con una mano á su madre y á su hermana, que agitaban sus pañuelos desde el terrado del castillo, mientras con la otra enjugaba una lágrima.

II.

Oíanse algunos disparos á lo lejos, los últimos de un dia de batalla sangrienta y pertinaz. Las tropas regulares de Abd-el-Kader regresaban á sus campamentos, y á su frente caminaban, resignados y silenciosos, algunos prisioneros, heridos muchos, y entre ellos un subteniente, apoyado en el brazo de un sargento.

Llegados al campamento, los árabes ocuparon sus tiendas, y los prisioneros se detuvieron á corta distancia de la del emir.

—Mi subteniente, ¿me permitis que os diga una cosa?

—Díla, Maury.

—Que nos valiera mas haber sido muertos que heridos.

—Por qué?

—Porque lo que ha de ser, cuanto antes.

—Tienes razon: al menos nuestras cabezas no penderian de la tienda de Abd-el-Kader como un trofeo de victoria.

—Pícaros! exclamó el sargento. Pero consolémonos con que no puede prolongarse este estado. En cuanto se rellenen de alcuzcuz, es cosa hecha.

—Dame la última carta de mi hermana.

—Héla aquí, mi subteniente. Pobre señorita! Cuando me destinaron á vuestro regimien-

to pedí licencia para despedirme de mis padres, arrendatarios de los vuestros, y... ¡ Si la hubiérais visto bañada en lágrimas, abrazarme exclamando: «este para mi hermano!»

—Me participa su casamiento con un amigo de la infancia....

—Decidle, me dijo, que le espero esta primavera.... será padrino de mi boda.

Para padrinazgos estamos..... En fin, devolvedme esa carta y doblemos la hoja... no crean esos miserables que lloramos de miedo.

—Tienes razon, serenémonos y esperemos.

El sol tocaba á su ocaso, y Eduardo resignado, tranquilo, divertía el tiempo siguiendo con los ojos las golondrinas que atravesaban el espacio, rápidas como una centella, y tarareando el estribillo de una balada alemana que María le había enseñado.

Sacóle de su poética abstraccion el emir Abd-el-Kader, que seguido de su estado mayor se acercó á los prisioneros, que escuchaban á su jefe y compañero de infortunio con religioso recogimiento. Los árabes, por su parte, fanáticos mas bien que religiosos, creyendo que el jóven oficial rezaba, escuchábanle con visible emocion.

Al terminar Eduardo su canto, una golondrina, como atraída por su melodía, se posó en su hombro, y desplegando las alas, acaricióle el semblante con ellas.

—Collar de oro! exclamaron á la vez Eduardo y Maury.

Era en efecto Collar de oro.

—Adios, adios para siempre, la dijo Eduardo saltándosele las lágrimas. Vé, y dí á los que amo que muero amándoles y bendiciéndoles.

Abd-el-Kader se acercó á Eduardo.

—Qué significa esto? le dijo.

Eduardo, que hablaba el árabe, refirióle aquella prodigiosa aventura.

Abd-el-Kader cogió la golondrina, la contempló un momento, y luego, lanzándola al espacio, exclamó:

—Dios es grande! recobra, como ella, tu libertad....

Y se retiró.

III.

La primavera sonríe al Universo. Los árboles recobran sus hojas, los campos su menuda yerba, sus doradas espigas y sus perfumadas flores. Fuentes, arroyos y aves bendicen el nombre de Dios.

Terminada la ceremonia del desposorio, regresan al castillo su propietario el señor de Ambric, dando el brazo á su hija; su esposa, al que es ya su hijo, y el sargento Maury á Eduardo, aun convaleciente de su herida.

Espérales un opíparo almuerzo, y alegres y locuaces se sientan á la mesa.

—Brindo por la desposada, dice Eduardo.

Una golondrina penetra en la sala y se posa en el hombro de María.

Era Collar de oro!

—Collar de oro! exclamaron palideciendo de sorpresa María, Eduardo y Maury.

—No podia menos! dice Maury. La esperaba.

—La esperábamos, contestan Eduardo y María.

El señor de Ambric, levantándose á su vez, exclamó:

—A la salud de Abd-el-Kader, que ha devuelto á la patria el soldado, al padre el hijo.

Llenaron las copas y bebieron.

Niños: cuando en la primavera, al nacer ó al morir el día entre nubes de grana, oigais el canto de la golondrina, acordáos de Collar de oro.—(T. del F.)

E. HERNANDEZ.



HISTORIA NATURAL.

EL PAVO REAL.

Si los imperios fuesen patrimonio de la hermosura y no de la fuerza, seria el pavo real sin contradicción el rey de las aves: no hay ninguna sobre la cual la naturaleza haya deramado sus tesoros con mas profusion: la talla elevada, el porte imponente, el andar grave, la figura noble, las proporciones del cuerpo elegantes y esveltas, todo aquello, en fin, que constituye un sér privilegiado, le ha sido concedido. Una garzota, de los mas bellos colores, brillante como una corona, flexible como un penacho, adorna su cabeza y le da elevacion sin desfigurarla: sus incomparables plumas parecen reunir las delicadas tintas de las flores mas preciadadas, ó confundiéndose, como los reflejos del iris, deslumbran cual la mas rica pedrería: no hay pincel que acierte á pintar con verdad tanta belleza y variedad de colorido.

Tal nos parece el pavo real, cuando se pasea solo y pacífico en el parque en un hermoso día de primavera; pero si experimenta alguna viva emocion sus ojos se animan; su plumero ondula: las largas plumas de su cola se despliegan formando una rueda magestuosa; multiplicándose de tal modo todas sus perfecciones, que no hay ave ninguna que pueda comparársela en hermosura.

Pero sus brillantes plumas, cuyos matices envidiarían las flores, son tan efímeras como éstas: todos los años las muda, y cuando el pavo

se va despojando del adorno que tanto le envanece, busca los sitios mas solitarios para esconderse avergonzado, hasta que la nueva primavera, devolviéndole su plumaje, le restituye la animacion y la alegría.

El pavo real es originario de la India: antes eran muy escasos y solo se tenían como una curiosidad en los jardines de los palacios reales, pero se han aclimatado con tanta facilidad, que ahora son bastante comunes y se hallan en los corrales entre las demás aves do-

mésticas, de las que se hacen respetar porque son mas fuertes. Aunque no es ave muy voladora, gusta de encaramarse á los árboles y tejados, donde pasa las noches, dando de cuando en cuando aquel desagradable grito que infunde terror.

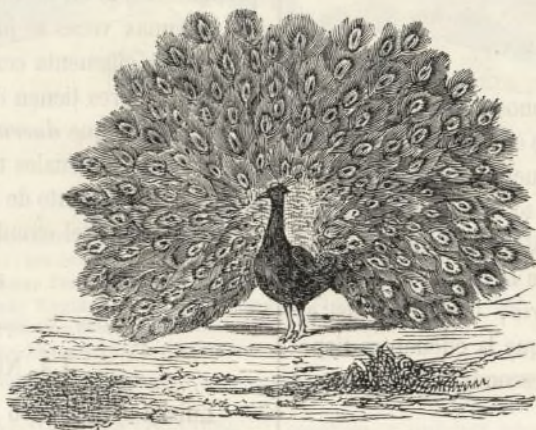
En los países del Norte los hay blancos, muy hermosos.

En el reino de Angola las plumas del pavo real sirven para hacer quitasoles y banderas.

Las pavas no tienen la misma hermosura en sus plumas: no pasan de ser una ave comun. Los pavipollos llevan las alas caídas, no sabiendo servirse de ellas, pero la madre se los carga todas las tardes sobre la espalda, hasta que son crecidos, llevándolos uno por uno á la rama donde han de pasar la noche.

El pavo real vive sobre 25 años. (*Buffon.*)

BENIGNO DONCEL.



El Pavo real.

JUEGOS DE NIÑOS.

LA COMBA.

Una cuerda fuerte, sin ser gruesa, pero bastante larga, la sostienen dos jugadores por las estremidades, imprimiéndole un movimiento de rotación para hacer la comba; los demás saltan de dos en dos, y aun á veces tres, diciendo una determinada palabra para que la hagan girar mas velozmente los que la sostienen.

A otra señal vuelve el movimiento á su primitiva lentitud. Cuando es uno solo el que salta, puede la cuerda pasar dos veces seguidas por debajo de sus piés antes de que toque al suelo, si es que va con velocidad; pero es preciso que los que la tienen le impriman un movimiento regular y acompasado.

LA URRACA.

Este juego, que algunos conocen tambien por el *escondite*, consiste en que uno de los jugadores esconde un pañuelo ú otro cualquier objeto, y sus camaradas se dedican á buscarlo. Cuando alguno se acerca al punto donde la prenda está escondida, el que la ocultó dice *calor*, y cuando se aleja dice *frio*, facilitando así el que se descubra. Aquel que la encuentra tiene el derecho de volverla á esconder.

LA PEONZA Ó EL PEON.

Los antiguos ya conocían la peonza; el poeta Virgilio no ha juzgado indigno de su musa el celebrar este juguete, que los romanos introdujeron en las Galias. En los geroglíficos y pinturas marginales del siglo XIV, se ven niños dedicados á este ejercicio.

La peonza puede jugarse armándose el que la ha tirado de un látigo, y dándole latigazos á fin de dirigirla á un punto determinado, en cuyo caso el que antes llega gana la partida, ó bien cada jugador dirige su peonza contra la del adversario, ganando aquella que hace parar á la otra.

Respecto del peon, todos los muchachos

conocen las reglas admitidas para jugar con él.

Se traza un círculo de un metro de diámetro, buscando terreno bien liso y firme, que no esté húmedo ni sea arenoso.

Uno de los jugadores comienza lanzando el peon en el círculo, y seguidamente tiran el suyo los demás, procurando que caigan sobre el primero mientras que permanezca allí vivo ó muerto. Cuando el peon de alguno salta fuera del círculo puede cojerlo de nuevo en la palma de la mano y tirarle contra el que se halle en el círculo. El propósito de todos en este juego, es romper el peon del contrario, y se considera como trofeo de la victoria la pua del peon roto.

El peon con pua corta es el peor, porque corre menos que los de puas largas, y están mas espuestos por consiguiente á ser víctimas permaneciendo en el círculo.

Algunas veces se juega en un círculo de cuarenta á cincuenta centímetros de diámetro, y los jugadores tienen derecho para hacer salir los peones que *duermen*, golpeándolos con los suyos, los cuales toman con la mano sin parar su movimiento de rotación. El peon que es arrojado así del círculo pierde la partida.

EMILIO DE TAMARIT.

LA NUEZ.

Luisita se encontró en el jardín una nuez, que estaba todavía cubierta con su verde cáscara. Creyó que era una manzana y quiso comerla. Pero apenas la había mordido, exclamó:—Qué amarga es!—y la tiró.

Conrado, su hermano, que era mas prudente, cogió la nuez en seguida, la peló con los dientes, y dijo:—La quitaré esta cáscara, pues sé que dentro tiene una pipa muy dulce que me sabrá muy bien.

B.

Por lo no firmado: el Director y Editor propietario, P. J. de la Peña.

Editor responsable: D. Marcelino Martínez.

MADRID: 1864.

IMP. DE M. CAMPO-REDONDO, HUERTAS, 42.